

# MONOGRAFÍA DE SOCIOLOGÍA

SOCIOLOGY MONOGRAPH

Rubén H.  
Zorrilla

*Universidad de  
Buenos Aires,  
Argentina*

*Palabras claves:  
Consumismo,  
sociedad com-  
pleja, capitalis-  
mo, sociología*

*Key Words:  
Consumerism,  
complex society,  
capitalism, soci-  
ology*

## Consumismo y sociedad de alta complejidad

Consumerism and highly complex society

DEMANDADO 8-12-2021 REVISADO 23-12-2021 ACEPTADO 12-1-2022

**RESUMEN** El término “consumismo” tiene el sentido de exceso, de inútil, de lujoso, o de despilfarro. Es decir, de derroche de bienes, de gastar sin ton ni son. En la intención del que usa el término, casi siempre en sentido peyorativo, se hallan las huellas de una concepción ascética y puritana de la vida, lo que no quiere decir que la persona que lo utiliza sea puritana o ascética (lo previsible es más bien que sea todo lo contrario).

**ABSTRACT** The term “consumerism” has the sense of excess, useless, luxury or waste. It means the waste of goods, without any limit. In the intention of who uses the term, often in a pejorative way, we find the footprints of an ascetic and puritan conception of life, which doesn't mean that the person who uses it is puritan or ascetic (what is expected is on the contrary the opposite).

### Introducción

En el pasado, la concepción ascética de la vida contenía como contrapartida la idea de que la pobreza y el despojamiento de las cosas mundanas (seculares, en contraposición a lo divino), entre ellas los placeres más intransigentemente buscados por el homo sapiens, era no sólo buena, sino

necesaria. En las sociedades simples -donde la producción y la productividad son extremadamente bajas, y de ahí su pobreza- y aun en las complejas, esa idea era interpretada como un proyecto de virtud.

Hoy, los que usan el concepto de “consumismo” ejercitan la condena de la misma idea, aquella que dominó casi todas las culturas del pasado. La pobreza es ahora radicalmente mala, en lo que tienen razón, y al mismo tiempo parece una contradicción, puesto que reclaman por la gente que a su juicio consume poco. Aparentemente, quieren decir que esa gente debe consumir más, pero sólo de las cosas “necesarias”, en tanto los que tienen más o mucho más deberían consumir mucho menos, dado que lo hacen en exceso (van mucho más allá de lo “necesario”) y padecen por eso de “consumismo”.

Describo una escena común: mi amigo, vestido a la última moda, me explica en el bar los peligros y desarreglos del “consumismo”. Fumando frente al pocillo de café recién servido, se interrumpe para contarme que ha comprado otro acondicionador de aire para su estudio, y una poderosa moto para su hijo -fervente admirador del “Che” Guevara-, quien concurre algunos días a la semana a la universidad. De pronto, vuelve a sus apasionadas críticas, de las que no se salvan la técnica ni la ciencia: señala los derroches absurdos del capitalismo, el eficientismo y otros vicios evidentes de la sociedad “posmoderna”. Finalmente, me invita a ingresar a su Mercedes Benz para llevarme a donde yo necesite.

Naturalmente, jamás emplearía la palabra “consumismo” un trabajador de bajo nivel socioeconómico y menos cualquier habitante de una villa de emergencia, quienes desean consumir lo más que puedan, como todo homo sapiens. La emplea un individuo que está rodeado de objetos presuntamente inútiles y acaso lujosos y entregados de cabeza a la concupiscencia y al pecado, en suma, al despilfarro.

### **El consumismo y las necesidades**

Todas las manifestaciones de la vida exhiben la necesidad de consumir atributos indispensables para su sostenimiento, según las condiciones y las formas biológicas que se originaron en las diferentes etapas de su proceso evolutivo. Cualquier expresión de vida absorbe elementos críticos para sintetizarlos en cierta energía especial, que se traduce en conducta orientada a conservar su

forma y a reproducirla.

Así, las manifestaciones vitales crean y modifican constantemente el equilibrio biótico, si tenemos en cuenta que compiten inexorablemente con otras formas, con las que luchan por los recursos, y viven de ellas o sirven como alimento para ellas.

No sabemos, y no lo sabremos jamás -es lo más probable- por qué ni para qué suceden estos procesos misteriosos. Sólo sabemos que son así. Todas las formas biológicas consumen incesantemente, en competencia y muchas veces en sangrienta lucha. Todas son, en grado variable, depredadoras, es decir, consumen y alteran el medio, crean constantemente uno nuevo y redefinen los términos del equilibrio ecológico.

Pero las exigencias de las formas biológicas y de sus necesidades de consumo están moderadas por exigencias que responden a demandas inelásticas. Se consume lo requerido para la conservación y reproducción del ciclo vital, pero no más. Hay aquí un límite intrínseco a la constitución del organismo, a las posibilidades de consumir. Existe otro límite, éste externo: depende de los recursos disponibles en el medio -que se está modificando, lenta o catastróficamente- y por la rivalidad de otras especies, así como por la competencia de otros miembros de la misma especie.

Estas condiciones generales, internas y externas, variables para los individuos y para la especie, hacen que las necesidades de consumo de las diferentes formas biológicas sean relativamente fijas. Sólo el homo sapiens y otras formas homínidas relacionadas con él y ya desaparecidas, se separan nítidamente de esta relación entre necesidades y consumo.

Por una parte, el hombre y la mujer son los más temibles y devastadores de los depredadores. Por otra, su demanda de consumo, tomada globalmente, es elástica y potencialmente infinita. La gran creación humana, la cultura, es la expresión de esa insaciabilidad o perpetua insatisfacción, y es al mismo tiempo la que morigera en alguna medida (y en ese sentido administra, como se ve claro en el sexo) en cualquier sociedad, las tensiones permanentes entre las necesidades casi siempre crecientes, y las posibilidades siempre acotadas de satisfacerlas.

Simultáneamente, la misma cultura genera nuevas necesidades, unidas o engarzadas a las necesidades naturales de la especie, y, lo

que es fundamental, totalmente independientes de ellas, un rasgo sólo visible —y en medida limitada— en los animales domésticos, es decir, aquellos sometidos a un proceso de socialización y que por eso han incorporado elementos de la cultura.

Sea simple compleja, o de alta complejidad, toda sociedad se halla variablemente dinamizada —y peligrosamente tensionada— por las expectativas de consumos crecientes, aunque lo prioritario sea lo mínimo compatible con la sobrevivencia de sus miembros. A diferencia de otras formas biológicas, la especie humana no tiene límites para su consumo potencial, porque sus necesidades aumentan en la misma medida en que su sociedad se torna compleja, su cultura se hace variada y la persona alcanza niveles más altos de individuación.

Es claro que hay culturas que tienden a ser, al menos en el corto tramo de nuestra observación, estáticas, o lo son hasta que sean removidas por algún fenómeno natural, por contactos culturales o lucha guerrera con otra. En caso de estancamiento, los consumos serán relativa y penosamente estables, generalmente bordeando la miseria o el hambre. Pero esto no quiere decir que no haya consumismo, es decir, consumos excesivos de parte de toda o de alguna parte de la población, según los parámetros de su marco cultural. Siempre habrá individuos que consumen más que otros (jefes, sacerdotes, guerreros, artesanos privilegiados) y que desean más, inclusive en los casos de la más extrema pobreza. Y entre los que tienen menos, habrá también quienes quieren más, de modo que gran parte de la sociedad sufrirá una demanda insatisfecha de consumo. Sin embargo, también éstos dilapidarán en ostentación, consumo conspicuo o consumo suntuario, desde sus niveles de escasez, porque toda cultura prescribe prestigio y objetos ceremoniales o simbólicos (Lèvi-Strauss, 1992)<sup>1</sup>.

La glorificación de la pobreza, el ascetismo y la anulación de los sentidos —sea placer o dolor, un valor típico de monjes y sacerdotes— en las grandes religiones, y aun la anulación del yo, importan un reconocimiento de este hecho insuperable y por ello impulsan a la conformidad con las condiciones dadas de la existencia. Constituyen grandes frenos institucionales para contener las expectativas de consumo y disminuir las tensiones sociales de modo que la es-

---

<sup>1</sup> Véase registros antropológicos en *Tristes trópicos* de Lèvi-Strauss (1992).

estructura social no se descalabre, en cuyo caso los consumos individuales y globales serían mucho más bajos o desaparecerían -con la consecuencia de hambres masivas- como nos enseña el estudio de las revoluciones.

Se hace patente por qué el proceso de secularización y el avance arrollador de la economía dineraria en el precapitalismo occidental, con su brutal quiebra de la sociedad aristocrática o estamental, suponen desafíos inconmensurables de adaptación cultural y de ajustes personales o psicosociales. Pero estos problemas no son sino las condiciones derivadas de grados de libertad infinitamente más elevados que en el pasado.

### **El consumo y el consumidor**

La anécdota del anticonsumista que antes describí según un esquema situacional que todos hemos vivido innumerables veces, pero que raramente concientizamos en su ambigua significación, suscita el problema de decidir qué es “consumo”, “qué consumimos” y qué es lo “necesario”.

En principio, el primero sería éticamente legítimo, al menos referido al propósito elemental e indiscutible de mantener la salud; el segundo no: estaríamos gastando algo que deberíamos dar a otro que vive en la escasez, que es “innecesario”, o que deberíamos ahorrar.

Salvo los que, en su pesimismo profesional, nos aseguran tácitamente que es mejor morir que vivir -dado lo espantoso de la sociedad de alta complejidad- mientras se esmeran en hacerse ecografías, análisis de sangre y tomografías computadas (con lo cual revelan que sólo desean, sádicamente, pero con la mejor intención, propagar el terror antes que ofrecer soluciones), todas las personas asegurarían que comer, beber agua (quizá no Coca-Cola) y tener un albergue para guarecerse de la lluvia y el frío, son consumos legítimos.

Sabemos, sin embargo, que sociedades muy simples, extremadamente pobres según nuestras estimaciones, comen hasta “reventar” cuando alcanzan una abundancia excepcional. Saben por experiencia que tal vez les esperan varias temporadas de escasez, matizadas con alguna extremadamente difícil. ¿Son consumistas? Si la respuesta es afirmativa estamos seguros de que no lo son porque posean el diabólico dinero, sea moderna, haya capitalismo,

economía de mercado y competencia. Tampoco porque sean egoístas o concupiscentes. Lo hacen porque así procederían todos los seres humanos, de cualquier cultura y sociedad, quizá con algunas excepciones personales.

Estos seres únicos, trágicos y deslumbrantes -los homo sapiens- también se pintaban y danzaban, se deformaban la boca, la nariz o el cráneo, se perforaban las orejas, la boca o la nariz, se alargaban el cuello, y elaboraban extraños ritos en los que morían miembros seleccionados de su propia etnia, esclavos, prisioneros capturados adrede, a veces con frecuencia escalofriante, todo en los rigurosos moldes (su menor transgresión podría provocar la muerte de los oficiantes) de un infalible simbolismo mágico y religioso, amasado a lo largo de milenios con la pulpa de vicisitudes naturales e históricas espantosas.

Toda esta inutilidad, ¿para qué? Todo este despilfarro, todo este sobrecogedor derroche de energía individual y social en sociedades pobrísimas, ¿revela consumismo, o, en otras palabras, locura? Estos seres extraños tallan el mango de un cuchillo, que no gana por eso ni un ápice de eficacia, u obtienen el premio incomprensible de dlocarse una pluma en la frente, para ser superiores a sus congéneres, ¿para qué? ¿No sería mejor dedicar el tiempo que requieren estas tareas, y el ingenio insumido con extraordinaria preocupación en ellas, a otra cosa, en apariencia más útil?

La senda alocada del asombro no tiene fin: crean anillos, aros, pulseras, mantas con guardas primorosas y hermosos colores, y hasta cuidadosos y delicados utensilios para acrecentar su goce sexual, entre otras creaciones asombrosas e “inútiles”, igualmente deslumbrantes. Aplicando estrictos criterios comparativos, son pobrísimos: su solo tesoro es la cultura y también su condena -algo totalmente artificial, como lo muestran sus invenciones-, lo que ocurre y ocurrirá allí donde haya una sociedad humana, cualquiera sea su nivel productivo, su “modo de producción” o la naturaleza de sus “fuerzas productivas”.

Son homo sapiens: tributarios de una sociedad que los crea, los mantiene y sacrifica, envuelta en la tormenta de un proceso evolutivo del que nadie sabe cuál es su sentido, a menos que apelemos a la metafísica, la religión o el arte, saberes diferentes a la ciencia y tan legítimos como ella, si bien igualmente dudosos. “Comercio de lujo y de objetos superfluos --dice Braudel- se lo ha llamado; pero,

¿no es lo superfluo lo que el hombre, por instinto, estima como 'lo más necesario'?" (Braudel, 1992: 729). Pregunta a un tiempo elemental y crucial, además de totalmente impensable en un filomarxista.

Desde esta perspectiva general, los miembros de las sociedades simples no se diferencian en nada de nosotros. Como nosotros. ¿no son también consumistas? Es decir, derrochadores, puesto que hacen y emprenden actividades inútiles y, si tenemos en cuenta la magnitud de sus necesidades, más consumistas que nosotros. Como dice una profesora de filosofía en una revista femenina refiriéndose a la sociedad de alta complejidad: "(...) la oferta de bienes ha crecido en una desorbitada carrera hacia lo superfluo, lo inútil y lo prescindible". Lo mismo podría suscribir cualquier miembro de una sociedad simple.

Sin embargo, afirmar esto sin un análisis cuidadoso sería, por lo menos, un error. Todo lo que hacen las personas, inclusive aquello que las perjudica, y cualquiera sea la sociedad que se considere, tiene algún propósito, alguna meta, quizá vaga, en la que está prefigurada alguna situación -mediata o inmediata- en la que se constituirán las consecuencias esperadas como probables después de la decisión del actor. Estas consecuencias pueden ser iguales, parecidas, diferentes o contradictorias y a veces mejores a las esperadas, en el plazo inmediato, ya en el largo plazo. Entonces, ¿por qué lo "inútil" no tendría sentido?; ¿por qué no podría ser "útil" de alguna manera que no logramos discernir?

La cultura hace previsible multitud de acciones, define intercambios donde las expectativas de los actores hallan congruencia entre los deseos esperados y los resultados obtenidos de la acción, al menos en el plazo inmediato. Lo que no excluye lo imprevisto: entonces los actores deben adaptarse a la nueva situación y deben lanzarse a crear conductas tentativas que sintonicen su experiencia vital con lo inesperado.

En suma, todo consumo, como toda necesidad, se halla necesariamente moldeado y orientado por la cultura surgida en la sociedad. De ahí que lo que llamamos "derroche", aunque manifestado según disposiciones personales, está condicionado por la cultura. Por eso el exceso, el despilfarro o lo que se presume "inútil", tiene un profundo sentido, que emerge de la herencia social del grupo, de lo que el grupo ha decantado a lo largo de un proceso histórico

particular, es decir, de tradiciones duramente consolidadas.

Es evidente, no obstante, que más allá de todos los condicionamientos culturales, hay una necesidad intrínseca en la naturaleza humana de expresar sentimientos y emociones y explorar consumos, de aventurarse a saber qué son y qué es lo que pueden darle los estímulos de su entorno, y que esto ocurre, con intensidad variable, en todas las sociedades. Allí está el fundamento de lo que se considera “consumismo”: es esta pasión por investigar estímulos y creaciones lo que incita a explorar consumos no conocidos o a repetir los conocidos.

Es obvio entonces que el consumo tiene que ver con pulsiones y necesidades orgánicas, pero también con inducciones culturales que suelen ser tan imperativas, o más, que aquéllas. Ambas, aunque analíticamente separables, se manifiestan en general fundidas en la experiencia social. Estos consumos tienen una relativa estabilidad, pero se modifican con el tiempo bajo el efecto de ciertas circunstancias históricas (guerras, creaciones y catástrofes).

En las sociedades complejas, y más en las de alta complejidad, las necesidades se modifican espectacularmente en sus expresiones culturales y se multiplican en su número y variedad. En consecuencia, los consumos suelen ser mucho más altos, aunque jamás igualitarios, ni siquiera forzándolos a través de cualquier coacción para que lo sean. Y es sensato afirmar que hay derroches y producción de cosas (bienes y servicios) “inútiles” -aceptados ciertos criterios compartidos para individualizarlos, aunque siempre de calificación dudosa- en toda sociedad, y con más razones en las de alta complejidad.

Tanto la noción de “consumo” como la de “consumismo” envuelven la idea inadvertida de que todo consumo no sólo esta satisfaciendo necesidades -orgánicas y culturales- sino iniciando su creación y difusión y, por ello, experimentando o explorando tanto el producto, y la producción que lo acompaña, como su influencia sobre la forma biológica humana y sobre el contexto social que la rodea. Toda la historia humana es la aventura de explorar las posibilidades y recursos de la vida, lo que implica desarrollar necesidades (a veces nefastas) y sus correspondientes satisfacciones, que derivan en ocasiones en tragedias.

y si no hubieran existido concentraciones de riqueza -o desigualdades- en individuos y grupos, con mayores posibilidades de con-



sumo, no se hubieran ampliado las condiciones de vida, así como su calidad, si bien las desigualdades por sí mismas (dado que existen en toda sociedad, aun en las más miserables) no producen mejores condiciones ni más calidad de vida. Sin estas concentraciones no habría existido la exploración, porque sólo ella hace posible ensayar, probar nuevos productos y servicios, ejercitar su uso e inducir su utilización. Sin explorar el consumo de lo nuevo, lo único y lo inesperado -que quiebra la dinámica convencional de la cultura, "lo que siempre se hizo así"- no existirían el jabón de tocador, el inodoro, la lámpara eléctrica, los fósforos, el piano, el disco, entre millones de objetos de uso cotidiano y milagroso en la sociedad de alta complejidad.

No consumir es imposible y consumir lo que es inútil o parece innecesario forma parte de la aventura de vivir, la hace interesante y arriesgada, inclusive maravillosa y trágica. Sin esta disposición a probar y dilapidar energía personal y social, al mismo tiempo que detener el aburrimiento -lo más insoportable para el cerebro humano- no existiría el arte, en su más excelsa expresión, ni la ciencia, el ajedrez, la filosofía o la teología. No podríamos ser conscientes, al menos vaga y oscuramente, del misterio insuperable de vivir.

Más el día que la especie humana abandone esta exploración de lo que, en principio, parece inútil, pero que probablemente sea algo imprescindible, y abandone, por ejemplo, los adornos (aros, anillos, pulseras, puntillas, cosméticos, la decoración -¿hay algo más inútil?- entre miles de objetos que estatuyen nuestra imaginación y que son la gracia de la vida) será porque ha dejado de ser humana. Habrá abandonado el sentido profundo de la gratuidad y acaso la misma racionalidad (la que está en Cervantes o Debussy).

En lo aparentemente inútil, en el exceso o el derroche, se expresa la aspiración humana a la novedad, al cambio, a la aventura y a lo distinto y lo desconocido. El hombre huye del aburrimiento, que es la no-vida. De ahí que las utopías, además de carcelarias, sean irrisorias, mezquinas, tan insoportablemente pequeñas: lo que espanta en ellas es el racionalismo pedestre y colmado de inconsciencia, acerca de la vida, fundado, no en la comprensión de la grandeza -por lo misteriosa- de nuestra odisea, sino en las buenas intenciones, ese magro recurso de la conciencia equivocada.

Pero tampoco de la utopía se puede estar seguro de que sea inne-

cesaria o inútil. Sirve, si examinamos los resultados de llevarla a cabo, para decirnos qué es lo que no debemos hacer. En las ilusiones están sin duda vivas, en la realidad están muertas. En rigor, no son un impulso a la fantasía creadora, a la imaginación que supone el ensayo y el error, sino su sepultura. Son cadenas para el pensar libertario.

Estas reflexiones apuntan a señalar que no sabemos bien qué es necesario, ni qué es útil. La “desorbitada carrera hacia lo superfluo, lo inútil y lo prescindible” reposa en exigencias tectónicas de la vida. Se puede vivir, sin duda, sin cuchillos adornados, sin anillos, sin decoración, sin sonatas ni canciones, sin lencería ni moda, pero con estos criterios nos convertiríamos fácilmente en cucarachas, una especie que vivirá -es lo más probable- millones de años más después que haya desaparecido el homo sapiens. Pero no existe ninguna seguridad de que ése será el destino humano.

Con estos comentarios no quiero sugerir que el derroche no exista y menos que no deba ser evitado: hay casos en que es posible decidir sin titubeos. El despilfarro ocasionado por la revolución francesa -especialmente durante la dictadura de Robespierre-, el golpe de estado bolchevique de octubre de 1917 (no la revolución de febrero), o el nacional socialismo, en vidas, bienes y calidad de vida para millones de personas, se podría haber contenido o mitigado en gran proporción con mejores liderazgos políticos y culturales (sobre todo mejorando la trama institucional ya existente).

Pero no estamos en un laboratorio para introducir a voluntad aquellos elementos que nos parecen que faltan en la experiencia para hacerla mejor. Además, necesitamos de ensayos, frecuentemente trágicos, para aprender. Sin embargo, muchas personas clarividentes, contemporáneas de esos grandes acontecimientos, sabían perfectamente lo que significaban en términos de sacrificios humanos masivos, destrucción de bienes y atraso cultural, aunque no conocían todavía -o no podían imaginar- los niveles concretos de tragedia y envilecimiento moral a que podrían llegar.

Este despilfarro de vida en general -no solamente humana-, ¿fue inútil? Como pasa con nuestra propia y minúscula vida, cuando sufrimos alguna pérdida, si aprendimos de ella -aunque haya sido una desgracia- no habrá ocurrido en vano. El despilfarro posiblemente tendrá el único sentido posible, una vez incurrido en él y aquilatado en su significación: hacernos mejores. Si aquellas vastas

experiencias históricas no hubieran emergido a la realidad, millones de personas actuales -tal como ocurrió en el pasado- pensarían que sus ideas (se trata precisamente de ideas, pues son ellas el combustible de la acción) deberían aplicarse ahora, y esas mismas personas serían la materia prima de la salvaje experiencia. Podemos decir, al menos, con la convicción del aprendizaje empírico -siempre oneroso y en parte inevitable, puesto que partimos de la ignorancia-: “Nunca más”.

Pero aquí está el problema de saber si esas personas han aprendido lo suficiente como para no repetir -en nuevas condiciones- las locuras del pasado. Aprenden algo si sus líderes las instruyen, no sólo racional sino también emocionalmente, acerca de lo que sucedió en ese pasado. La mayoría oirá lo que sus líderes les digan. Y lo que aprendan, suponiendo que sea cierto y, además, aceptado, no será suficiente, entre otras cosas porque las nuevas realidades envolverán los problemas antiguos con una tonalidad diferente. Pienso, según estas razones, que siempre se podrán repetir los errores del pasado y que esto dependerá de la lucha de ideas.

### **El exceso como parte de la evolución del orden**

El derroche, como parte del proceso de aprender, está anclado en la matriz de todos los procesos vivientes. En cierto sentido, tenemos que resignarnos a él y, más aún, aceptarlo como parte de la aventura de descubrir la vida. Evidentemente, el hecho de conocer el significado del despilfarro y sus resultados, a veces catastróficos, no nos inmuniza contra la emergencia de nuevos mitos y nuevas salvajadas originados en ellos. Sólo refuerza los fundamentos de nuestro saber y confiere más recursos al entendimiento de nuestros liderazgos en pugna.

Casi siempre es muy difícil decidir si estamos en presencia de un exceso, de algo inútil, o de despilfarro, lo que aconseja suma prudencia en el uso de estos calificativos. Los vegetales lanzan miles de semillas para que sólo algunas, y a veces una sola, fructifique. Se necesitan centenares de miles de gametas para que apenas acierte una en el óvulo, excepcionalmente dos o tres y más raramente cinco o seis. En la naturaleza, en cualquier vida, el exceso o el despilfarro es completamente normal. Según parece, es la única manera de asegurar la perduración de la vida. No tenemos ni tendremos la más mínima noción de por qué es así, ni para qué. Conjeturamos que si es así será porque responde a cierto orden que

regula la existencia.

Con el criterio intransigentemente taylorista de eliminar lo inútil, típico en los socialistas, el esfuerzo de los artistas, que son los exploradores -sin excluir los más convencionales- de las posibilidades del exceso y el derroche, no tendría ningún sentido. Siguiendo las escabrosas rutas de los pesimistas profesionales, lo mismo podríamos decir -y tal vez con más razón, según sus elucubraciones- de los científicos, técnicos, empresarios e inventores.

¿Cuánto deben haber imaginado Bach y Mozart para crear, casi sin querer, lo que escribieron? ¿Y cuántos músicos -muchos desconocidos y tal vez geniales- se necesitaron para que ellos surgieran? ¿Cuántas experiencias descomunales, a lo largo de milenios, debieron darse para que surgiera el tipo de vida que ofrece, entre estremecimientos e incomprensiones inconcebibles, la sociedad de alta complejidad?

Si no hubiera habido exceso o despilfarro, y sin una cantidad de ocio y privilegio, no hubieran surgido sacerdotes, filósofos, artistas, científicos y miles de actividades y profesiones que demandan un enorme poder creativo para elevar las posibilidades de vida de los seres humanos que no poseen esos poderes, o que no los desarrollaron, pero que reciben sus beneficios de quienes los desarrollan, a veces en medio de dificultades intimidantes, a tal punto que los creadores son los únicos que no reciben los beneficios de sus desvelos, puesto que son incalculables e infinitos. Nada ni nadie podrá recompensar a Cervantes, Edison, Ford, Pasteur, Rockefeller, Miguel Ángel o Quevedo, entre millones, ni siquiera con el reconocimiento. Según Marx, ese trabajo “complejo” (1946: 50)<sup>2</sup>, estaba compuesto de trabajo “simple”, el trabajo obrero, lo que además de inaceptable, es inconcebible por su absurdidad e indigno de su talento. Sin embargo, era una idea esencial en su argumentación.

Es un rasgo de soberbia racionalista -y de irracionalidad- afirmar que los hechiceros y los guerreros, por ejemplo, son inútiles, privi-

---

<sup>2</sup> En el carácter fetichista de la mecánica de la mercancía y su secreto (Marx, 1946: 50). Marx señala un fenómeno que es propio de los intercambios humanos en toda la sociedad y no solo en el capitalismo. Allí enaltece la inmediatez, la transparencia y la simplicidad de los intercambios, típicos de las sociedades transnacionales: rechaza las intermediaciones en las que se pierde el sentido inmediato e ingenuo de la acción social. Rechaza la acción compleja.

legiados (lo que sólo limitadamente es cierto) o que constituyen un despilfarro. Sus funciones no existen por casualidad en todas las sociedades humanas, por más diferentes que sean sus estructuras. Con matices y reparos, lo mismo se podría decir de las aristocracias, las oligarquías, las democracias y las dictaduras. Todas estas formas sociales constituyen fantásticas y aventuradas experiencias humanas en el proceso interminable de aprender a desarrollar el sistema social, el cual siempre se está haciendo, sumergido en una evolución interminable. Por supuesto, hubiera sido mejor que muchos de los hechos correspondientes a sus procesos no se hubieran dado. Pero sin ellos no tendríamos la oportunidad de aprender. Imaginar una historia vacía de ciertos hechos reprobables es abolir la materia de nuestro pensar, que es la vida.

El orden social, juzgado según ciertos parámetros valorativos en los que podríamos provisoriamente coincidir, puede mejorar o empeorar -a veces hasta desaparecer- como resultado de su evolución, en la que participan el contacto (pacífico, belicoso o ambos) con otros órdenes sociales: las influencias (aceptadas, rechazadas a medias, o repelidas) de otras culturas, parecidas o diferentes; el desenlace de conflictos internos, y grandes transformaciones geológicas, ecológicas y climáticas.

Todo orden social configura un sistema adaptativo en constante y no dominable transformación. En cualquier caso, ese orden supone siempre un sistema de relaciones complementarias y funcionales, con desajustes variables entre individuos, grupos e instituciones y entre aspectos o instancias de la cultura, porque el conjunto corresponde a un proceso de aprendizaje sin fin, plagado de incertidumbre, en el que no está excluido el fracaso, es decir, su aniquilación, por causas sociales o naturales.

Por eso es irresponsable querer eliminar -aunque sea teóricamente- una estructura fundamental so pretexto de que es inútil o importa despilfarro, sin comprender su significación funcional y las bases históricas de su origen y formación. Cualesquiera de estas unidades de análisis (estructura, grupo e institución) puede, en principio, desaparecer y quizá debería, y tal vez está desapareciendo o finalmente desaparecerá. Nada de esto podemos saber con certeza: sólo es posible aventurar hipótesis, más o menos plausibles, y sin duda indispensables para explorar nuestro aprendizaje acerca del conflicto en el que están inmersas, que también puede

verse como un “despilfarro”. Pero, ¿qué hacer? La lucha social, las a sincronías y los desajustes son aspectos inmanentes a los procesos de cambio ineliminables y permanentes que supone la evolución.

El conflicto social global, que es siempre una lucha de ideas encarnadas en los liderazgos en pugna, es lo que decidirá, provisoriamente, la naturaleza de las experiencias a encarar, el destino de las estructuras, los grupos, las instituciones, así como las modificaciones no previstas por los sujetos que las emprendan. Este proceso, dado que afecta estructuras y funciones -cuya facticidad depende de lo que piensan y sientan las personas- tiene lugar en el mediano y largo plazo.

Es en estas dimensiones temporales cuando podemos apreciar si las relaciones sociales -los intercambios o transacciones humanas- se han transformado, cuánto y en qué sentido, o cuáles han desaparecido. Tuvimos que apreciar los efectos de la política de Lenin después de décadas para ver que había diseñado -sin saberlo, es decir, en la más terrible alienación- el primer estado totalitario de la historia y que de él aprendieron Hitler y, en menor medida, Mussolini, los métodos que se debían aplicar. Por supuesto, algunos pensadores clarividentes contemporáneos a la experiencia (van Mises, Max Weber) habían anticipado la culminación de grandes tragedias, si bien no las dimensiones que adquirieron.

Toda esta disquisición no aspira a negar que en las sociedades hay, cualquiera sean, excesos y derroches, definidos según ciertos criterios. Aun si pudieran aceptarse como evidentes, y por lo tanto pudiéramos individualizarlos y precisar la naturaleza de su inutilidad, todavía cabría argumentar si, en las condiciones en que aparecen, no son, en algún sentido, significativamente importantes para el sostenimiento del orden social global o para alguna de sus partes, o si no son indispensables o inevitables de acuerdo con nuestro saber actual o el saber y entender de los actores. Además, si son pasibles de ser suprimidos, y, en caso afirmativo, de qué manera, presumiblemente en cuánto tiempo y con qué costos estimados.

### **Propuesta para eliminar el despilfarro**

Tres autores norteamericanos Bowles, Goron y Weisskopf (1983/989) se empeñan en combatir la economía del “despilfarro”, es decir, la economía norteamericana. Lo único indudable es que

allí hay despilfarro en gran escala, aunque acaso menos que en la Argentina y seguramente menos que la que había en la Unión Soviética, todavía existente cuando ellos escribían. El problema gigantesco de medirlo, aunque fuera estimativamente, es sin duda decisivo y los autores ensayan diferentes índices e indicadores, todos ingeniosos y ninguno convincente.

Los más plausibles son los más groseros y convencionales: que si ocupáramos a los desocupados o si gastáramos menos en armas, derrocharíamos menos, no sólo materialmente sino también, y especialmente, en la calidad de vida de la gente. Como se ve, argumentos venerables. Hablan, por ejemplo, de un vago plan de pleno empleo. Indudablemente, si ese plan existiera y fuera viable, ¿por qué de la multitud de políticos existentes en todo el mundo (entre ellos Felipe González y Miterrandt, de intenciones [aparentemene] intachables) no se dispondrían a aplicarlo, al menos como prueba? Ningún político perdería la oportunidad de apuntarse un éxito que lo convertiría en presidente vitalicio. Esto es lo que pensamos de los astrólogos y de los que tiran las cartas y pretenden predecir el futuro: ¿por qué no aplican su sabiduría en la Bolsa de Wall Street, que los haría rápidamente millonarios? Sostienen que

(...) es evidente que Estados Unidos podría aumentar la producción útil por hora de trabajo disponible si pudiera transferir factores de la producción de algunas mercancías relativamente [sic] inútiles a la producción de bienes y servicios más útiles. Muchos de los bienes y servicios que se producen actualmente en Estados Unidos tienen poco o nada que ver con el bienestar de los individuos. Eliminando este tipo de despilfarro, sería posible aumentar significativamente nuestro bienestar global o individual (Bowles, Goron, Weisskopf, 1983/1989: 220).

Hasta las buenas intenciones que revelan estas palabras constituyen una perogrullada. Es claro que si podemos evitar la producción de cosas “relativamente” inútiles (y evitar que las gentes, desoyendo a la razón, las consuman) evitaremos el despilfarro. ¿Quién puede estar en contra de este descubrimiento” (Bowles, Goron, Weisskopf, 1983/1989)<sup>3</sup>.

Casi inmediatamente, los autores retroceden ante la dudosa magnitud de su propuesta:

Se trata de una cuestión delicada. Es atrevido por nuestra parte clasi-

---

<sup>3</sup> El agregado entre corchetes es del autor.

ficar todo lo que se produce en Estados Unidos mediante una escala subjetiva de utilidad. ¿Cómo sabemos qué es lo sano para los niños y otros seres vivos? ¿O placentero? En una economía democrática e igualitaria, estas cuestiones deben resolverlas los propios individuos a través del mercado o de las urnas (Bowles, Goron, Weisskopf, 1983/1989: 220).

Con lo cual destruyen la totalidad de sus argumentaciones y tornan inútil su propio libro, cometiendo el pecado de despilfarro que critican. Porque es cierto que si las empresas derrochadoras venden cosas inútiles es porque las personas las consumen. ¿Cómo evitar que sigan siendo tan estúpidas? Únicamente con una planificación centralizada que ponga en vereda a la gente insensata.

Sorprendentemente, en lugar de esta venerable solución, ya invalidada en el siglo XIX por Bakunin, recaían en las exigencias implacables y deshumanizadas del miserable mercado. Confieso que la referencia a las urnas me resulta intrigante. ¿Qué querrán decir? Seguro que no se refieren al mercado, si bien éste constituye la inmensa urna donde se expresan las elecciones de las personas.

Parecen pretender que si el proceso productivo es democrático e igualitario la gente producirá más porque estará más conforme. Ésta es una propuesta viejísima, lo que no significa que sea errada. Pero si fuera cierta requeriría un largo proceso social de experimentación, incierto sin duda y de gran despilfarro, como toda exploración, y de costos imposibles de estimar. En el mejor de los casos, éste sería recuperable probablemente a largo plazo. La igualdad, además, en el contexto de su argumentación, ¿qué quiere decir? No se sabe. ¿Se premiará a los que trabajan más y mejor, o ganarán lo mismo que los que evitan sus responsabilidades y viven de los otros (una profesión milenaria)? Sobre estos dos temas tan interesantes los autores no aclaran nada.

Aquí parece estar su tesis central:

Creemos que los costes del sistema de la gran empresa de la posguerra son muy superiores a los beneficios. Llegamos a la conclusión de que podríamos aumentar tanto el consumo como la inversión si modificáramos las reglas del juego, es decir, podríamos reducir nuestra jornada laboral y aumentar el ocio sin recortar el consumo o hipotecar el futuro. La clave es una estructura más democrática de la economía" (Bowles, Goron, Weisskopf, 1983: 198).

Los autores no dan ninguna prueba, ni siquiera endeble, para sostener su creencia de que la "gran empresa" ha traído más perjuicios que beneficios. Sobre el problema de la democracia en la pro-



ducción, es preciso recordar que Lenin, el creador del primer estado socialista de la historia, pensaba exactamente al revés, cuando llegó al gobierno y abolió el capitalismo. Con eso demostró que, independientemente del “modo de producción” (Carr, 1974: 200-201)<sup>4</sup>, la producción en gran escala demandaba requisitos universales autoritarios. Muy probablemente estaba equivocado: eso sí, es indispensable en la sociedad planificada. De cualquier manera, los autores deberían decir cómo aplicar en las condiciones concretas de su país la democracia productiva que proponen. De lo contrario, sus ideas son sólo simpáticas.

### **Otra propuesta para eliminar el despilfarro**

Con nuestros valores rigurosamente eficientistas y distribucionistas (ninguno de ellos puede ir separado del otro) de los enemigos insobornables del consumismo y el derroche, pensaríamos que en el Tibet hay demasiados templos. Algo similar podría decirse de Roma: ¿no hay iglesias inútiles o innecesarias? Desde los mismos valores, sin duda un despilfarro inadmisibles. Algunas dan, para peor, demasiadas misas, con un derroche de tiempo que debería evitarse. ¿Para qué tantos objetos sagrados, que podríamos distribuir entre los humildes y desamparados? Ante este trágico panorama, ¿cuántas iglesias deberíamos demoler y cuáles, o al menos destinarlas a viviendas para los humildes? Idénticas reflexiones suscita la mirlada de libros y revistas que se publican, en su mayoría deplorables, producida por gente que dilapida su tiempo en castigar a sus lectores indefensos, pero que éstos, incomprensiblemente masoquistas, eligen.

Cuando imagino un comité central de pureza ideológica intachable para detener esta parafernalia de ediciones malsanas, reparo de pronto en que ya los países socialistas lo practicaron con increíble

---

<sup>4</sup> Allí Carr cita a Lenin: "(...) es incondicionalmente necesaria. para el proceso de trabajo organizado según el patrón del mecanismo de la industria a gran escala, una sumisión absoluta" (Lenin, cfr. Carr, 1974). En el mismo tomo II, pero en la página 123, cita también a Lenin: "(...) el trabajo a destajo tiene que figurar en nuestra agenda, aplicado de una manera práctica; tenemos que aplicar mucho de lo que hay de científico y progresivo en el sistema de Taylor, y los salarios han de alinearse con los totales generales de producción"(Lenin, cfr. Carr, 1974: 123). Como se ve, aquellos que pretenden eliminar el despilfarro parecen no confiar en absoluto en los procesos democráticos. Y los que piensan así son intransigentemente anticapitalistas.

tenacidad puritana -con la ventaja de propagar ignorancia y desinformación- mientras en los países capitalistas proponían sin piedad la derrochadora y represiva libertad de pensamiento, según nos asegura el eternamente juvenil Herbert Marcuse (1898-1979), perito en alienación<sup>5</sup>.

En tanto en los países socialistas los obreros cobraban "lo justo" y pagaban con "Justicia" los servicios intelectuales recibidos -dado que se había evitado el despilfarro-. en los países capitalistas los intelectuales y empresarios robaban a los trabajadores la porción de derroche que les correspondía, hundéndolos en la miseria. Para colmo, innumerables intelectuales socialistas daban clases y ocupaban altos cargos en la universidad (una sutil represión propia del capitalismo avanzado), además de recibir becas y premios, así como trabajos de responsabilidad en el Estado capitalista e imperialista (Marcuse y toda la escuela de Frankfurt constituyen uno de los innumerables ejemplos).

La poda del derroche podría seguir con estadios, eventos deportivos, cines, televisoras (una "basura", según muchos artistas e intelectuales que viven de ellas), automóviles y miles de servicios inútiles, todos ejemplos intolerables de "consumismo". Debería haber una comisión de plenos poderes, una especie de Comité de Salud Pública, integrada por los intelectuales que saben, que planificara esta baraúnda abandonada al mercado, de modo que se gastara sólo lo necesario a fin de distribuir lo ahorrado entre los más necesitados.

La enumeración de los costos donde se podría evitar el derroche podría seguir y perfeccionarse. Y evitarse la producción y oferta de bienes que ha crecido "en una desorbitada carrera hacia lo super-

---

<sup>5</sup> Véase. entre otros libros de su autoría, *El hombre unidimensional Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (1954/1993). En "Reconocimientos" Marcuse no deja lugar a ninguna duda: su trabajo fue posible gracias al apoyo prestado por lo más granado del capitalismo: "El American Council of Learned Societies. la Louis M. Rabinowitz, la Rockefeller Foundation y el Social Science Research Council me han otorgado becas que facilitaron mucho el término de estos estudios" (Marcuse, 1993: 17). Es extraño que Marcuse no dé como ejemplo de los niveles de represión a que ha llegado el capitalismo avanzado ofreciendo su propio caso. En los países socialistas la represión jamás llegó al punto de dar becas a los intelectuales que desean suprimirlos. Nuestros cantautores nos aseguran que, por ejemplo, Fidel Castro jamás cometería semejante atropello.

fluo, lo inútil y lo prescindible”.

El “espíritu de geometría” (Pascal, s/f: 365 ss.)<sup>6</sup> que está en la base de la percepción de estos hechos, y en el intento de determinar “lo justo” a fin de evitar el exceso o el “consumismo”, me recuerda a aquel diputado de la Convención francesa -durante la gran revolución- que pidió dividir el territorio de Francia según un criterio estrictamente igualitario y geométrico, a la manera de un tablero de ajedrez. Con esta razonable y elemental medida se repararían enojosas injusticias históricas y geográficas.

Los departamentos franceses, cuyos límites habían sido forjados a lo largo de un extenso proceso histórico, obediente, además, a las imposiciones de ríos y montañas, debían someterse ahora a los delirios racionalizantes, pero irracionales, de uno de los precursores de la planificación social. Es como si pensáramos -recuerda Hayek- que los órganos de nuestra anatomía están mal hechos, son irregulares y entrañan a voces disfunciones e incompatibilidades, por lo que deberían ser modificados para hacerlos armoniosos.

Las críticas al proceso evolutivo llevado a cabo por la naturaleza a lo largo de millones de años son acertadas, pero sus leyes inmutables, que apenas atisbamos, son inescapables. Y si actuáramos contra ellas, y no en su dirección, pereceríamos. Todo lo que hagamos tiene que atenerse a los rigores ílevantables de su funcionamiento. Si nuestros sueños o nuestras buenas intenciones chocan con ellas, fracasaremos: serán, lo querramos o no, intenciones desgraciadas.

### **El consumismo individual**

Hasta aquí mis comentarios se orientaron a llamar la atención sobre el despilfarro en gran escala o generalizado -no el de las personas individualmente consideradas- y las extremas dificultades para afirmar que existen, dónde y en qué medida. En el ámbito individual, no menos social, el problema parece más dominable. Para Scítovsky, por ejemplo

El gasto racional exige que ninguna necesidad se satisfaga hasta el punto de la saciedad mientras permanezcan sin saciar otras necesidades y otros deseos del mismo consumidor. Esta regla provee una

---

<sup>6</sup> Pascal distingue allí el espíritu de geometría del espíritu de sutileza.

prueba sencilla para decidir cuál gasto o consumo es excesivo" (Scitovsky, 1986/1976: 167).

156

Sin embargo, por exigencias de la vida o estimación, sin dejar de ser racionales, debemos dejar de satisfacer ciertas necesidades muy queridas o debemos moderarlas al extremo. En cambio, podemos satisfacer o inclusive saciar otras. El poeta tiene necesidades sexuales insatisfechas y, según me informa, ha más que saciado su necesidad de hacer versos. ¿Ha incurrido en derroche? ¿Ha sido irracional? ¿No debería haber suspendido su deseo de hacer versos para destinar más tiempo a obtener una pareja? Pero, me dice, no es que no busca, sino que no encuentra o no sabe cómo encontrarla.

Así, es posible que saciemos alguna necesidad y que tengamos otra u otras necesidades, más importantes (no es sencillo saber cuándo una necesidad es más importante que otra; la razón nos dice una cosa y el sentimiento otra), las que, por alguna circunstancia, es imposible colmar. En muchas circunstancias de la vida, por más que seamos racionales, no lograremos satisfacer ciertas necesidades y menos saciarlas. Mientras, podemos dedicarnos a saciar alguna que ya hemos satisfecho.

No hay duda que algunas conductas parecen irracionales en el tratamiento de nuestras necesidades, y de las necesidades de los otros, aquellos sobre los que hemos asumido la responsabilidad de satisfacerlas, como esposa e hijos: un individuo derrocha el poco dinero que tiene en el juego, el alcoholo las drogas, entre otros, mientras necesita disponer de los recursos que dilapida en su salud, su comida o su comodidad, o en las necesidades insatisfechas de la familia que ha formado. Una amiga gasta su dinero en el peinado, pero para eso ha tenido que dejar de comer. Mientras el esmerado peluquero trabaja, cae desmayada de debilidad. Aquí vemos dos necesidades insatisfechas de las cuales la actora puede elegir, parece, sólo una. En principio, su elección acaso deba calificarse de irracional y "consumista".

Otro caso, también real: una esposa le dice al marido que la empleada, a pesar del intenso frío, va sin medias. El marido sugiere darle dinero para que se compre algunos pares. Pasa el tiempo y la empleada sigue asistiendo al trabajo sin medias. La esposa se anima a preguntarle por qué. La empleada devela el misterio: ha preferido comprarse unos discos sensacionales de Palito Ortega. Las necesidades, estimadas por ella, eran muy diferentes, y de ninguna

manera irracionales, a las percibidas por sus empleadores.

Pero si hablamos de derroche o consumismo es porque sabemos que existen y hay que evitarlos y que por eso la elección del monto y la naturaleza del despilfarro, o su contenido, es un problema extremadamente difícil de resolver, tanto en el nivel social como en el individual, si bien la mayoría de la gente, de acuerdo con su filosofía de la vida, decide rápidamente, casi siempre, la conducta por la que optará en cada caso. Esto significa también que podemos incurrir en derroche y que algo opera en nosotros para impedirlo o morigerarlo. Por otra parte, intervenir en la vida de las personas para dirigir sus elecciones, salvo por medio de consejos o terapia psicológica, es inadmisibles desde el punto de vista de una ética universalista.

Según Veblen, el hombre “tiene un sentido del mérito de la utilidad (serviceability) o eficiencia, o del demérito de lo fútil, del despilfarro o la incapacidad. Se puede denominar esta actividad y propensión ‘instinto del trabajo eficaz’ (...)” (1963: 28)”. Si este instinto existiera no habría lugar para lo inútil o el exceso. Todos retrocederíamos ante el derroche, y esto es independiente de si tenemos o no ciertos criterios para estimar la eficiencia.

Es que todas las actividades humanas, cualesquiera sean, tienen una vital componente económica, sea cual fuere la sociedad que se considere, pasada, presente, o futura. Sería suicida para la vida no comprender la pertinencia e inevitabilidad absoluta de ese componente, que algunos consumistas inconscientes se niegan a aceptar con el calificativo de “horror económico”, simplemente porque pretenden escapar, ilusamente, a las dramáticas opciones que nos fuerza a plantearnos la economía.

Es razonable admitir que la propensión al trabajo eficaz existe y que induce poderosamente a buscar el éxito, cualquiera sea, y a crear, con el menor esfuerzo estimado como posible, y por eso evitar todo gasto de más. Parecería que no es en el campo del trabajo donde ocurre el dispendio desmedido -aunque también es posible que aparezca allí-, sino en el arduo campo de los placeres, o en el de la anulación de la conciencia molesta, a veces angustian te , que se traduce en una tregua o el olvido.

Los psicólogos saben que el consumismo obedece a cierta dinámica de la personalidad relacionada con la exploración y el descubri-

miento, con el ensayo de innovaciones, y también para escapar a problemas que parecen sobrepasar el nivel de respuesta de las personas. Por otra parte, quizá tenga una oculta justificación económica, además de simbólica, y sea, en más casos de los que se podría suponer, eficaz, al modo en que lo es un ramo de flores enviado a la amada, un aluvión de besos, o una sonata.

Los miembros de la sociedad de alta complejidad consumen más, infinitamente más, y mejor, que los miembros de todas las sociedades del pasado, y que todas aquellas actuales que son reticentes u opuestas a la cultura moderna, a su dinámica cultural, y, sobre todo, a los desafíos que provoca a nuestra creatividad, dada la magnitud de los problemas que arroja a nuestras inquietudes. Consumen más, pero, ¿no es eso lo que quieren las personas, en el acto de consumir su vida, al menos en su inmensa mayoría? Además, son “consumistas” porque producen infinitamente más que las personas de cualquier otra sociedad que consideremos, lo que no quiere decir que trabajen más, sino menos.

Relativamente -y esto es lo decisivo- consumen, sin embargo, mucho menos que los integrantes de las demás sociedades en relación a lo que producen. Mientras las sociedades simples consumen el cien por ciento de lo que producen, los habitantes de la sociedad de alta complejidad ahorran globalmente un porcentaje considerable de su enorme -comparativamente- valor producido. Consumen sin duda un valor absoluto mucho más grande que los miembros de otras sociedades, de su total producido, si bien siempre escaso para sus abultadas y crecientes necesidades. Pero su capacidad de ahorro o su abstención del consumo -en función de la producción total- es también muy alta. En conjunto, teniendo en cuenta el volumen y la variedad de su producción, que es el que fija el total del consumo posible para cada sociedad, los miembros de las sociedades simples, a pesar de estar acosados por la escasez, son más “consumistas” que los de las sociedades de alta complejidad. La, misma escasez los obliga al consumo total.

En cambio, la gran producción y productividad de la sociedad de alta complejidad hace posible la abstención, el ahorro y la inversión, elementos todos indispensables para crear o inventar.

Si hay mucho consumo -o “consumismo”, como en las sociedades del pasado- hay poco espacio para el cambio y la innovación. De ahí que para explicar por qué las sociedades precapitalistas se

mantuvieron estancadas tanto tiempo, con un “tempo” lento de cambio, Jon Elster anota:

(...) nos queda la elección entre dos explicaciones de falta de innovación: la ausencia de objetos y la ausencia de las motivaciones para innovar. Quizás es cierto que en sociedades preindustriales había una presión hacia el consumo conspicuo que era incompatible con la motivación de innovar (Elster, 1990: 97).

159

Según este autor, el “consumismo” de las sociedades del pasado habría llevado al no-cambio, a la esterilidad creativa y, por lo tanto, a no aprender.

Y, finalmente, el problema no es que consumamos mucho, sino que tenemos que aprender a consumir. Precisamente porque tenemos muchas más posibilidades de consumo, como no las hubo nunca antes en la historia. Precisamente por eso el consumir es una experiencia única y personal, como aceptar el mundo, aceptarse a uno mismo, y aceptar las limitaciones de los otros, o hasta buscar la “felicidad”.

Todo esto exige aprender, requiere pensar y sentir, demanda cambiar. Por ejemplo, la difusión de todo tipo de dieta revela que, por primera vez en la historia, también estamos aprendiendo a comer, con las incertidumbres y vacilaciones que es de esperar. Así como tenemos que aprender a ser viejos (cada vez hay más viejos, y con más años, pero menos ancianos) y a gozar y solazarnos en la soledad, justamente cuando vivimos en sociedades multitudinarias. Más que antes, estamos forzados a aprender. Pero siempre habrá gente, acaso minoritaria pero en cantidad no pequeña, que no aprenderá y, sobre todo, que no querrá aprender, a lo que tienen sin duda derecho.

#### Bibliografía

- Bowles, Samuel, Goron, David M., Weisskopf, Thomas E. (1983/1989) *La economía del despilfarro*, Madrid, Alianza Editorial.
- Braudel, Fernand (1992) *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, t. I.
- Carr Edward Hallett (1974) “El orden económico”, *Historia de la Rusia Soviética La Revolución Bolchevique (1917,1923)*, Madrid, Alianza Editorial, t.II.
- Elster, Jon (1990) *El cambio tecnológico*, Barcelona, Gedisa Editio-

rial.

Lévi-Strauss, Claude (1992) *Tristes trópicos*, Barcelona, Ediciones Paidós.

160 ——— Marcuse, Herbert (1954/1993) *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona, Planeta- Agostini.

Marx, Karl (1946) *El capital*, Buenos Aires, Biblioteca Nueva.

Pascal, Blas (s/f) *Pensamientos*, París, Garnier Hnos.

Scitovsky, Tibor (1986/1976) *Frustraciones de la riqueza. La satisfacción humana y la insatisfacción del consumidor*, México, Fondo de Cultura Económica.

Veblen, Thorstein (1963) *Teoría de la clase ociosa*, México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.